

Los ricos son los que están quemando el planeta

MAX LAWSON :: 15/12/2022

La expansión de la desigualdad está íntimamente ligada a la destrucción del planeta. No podemos salvar el mundo sin enfrentarnos a los ricos.

Francia, 2018. El país está paralizado por una enorme serie de protestas contra las medidas del presidente Emmanuel Macron de aumentar los impuestos ecológicos sobre el combustible y, al mismo tiempo, suprimir el impuesto sobre la riqueza de los superricos. Los manifestantes se conocen como los gilets jaunes, o «chalecos amarillos». Tal es la furia que el presidente se ve obligado a dar marcha atrás en la subida del impuesto sobre los carburantes. La política climática, en su versión más clasista, se convierte en un fracaso estrepitoso.

Con Europa paralizada por los altos precios de la gasolina y la energía este invierno, hay quienes han dicho que esta es una oportunidad para acelerar una transición ecológica, una especie de tratamiento de choque para que todos nos «acostumbremos» de alguna manera a los altos precios de la energía y nos veamos obligados a consumir menos.

Teniendo en cuenta el sufrimiento que estos dramáticos aumentos de precios están infligiendo a los pobres de todo el continente, obligando a muchos a elegir entre calentarse o comer, estos sentimientos de camisa de pelo me parecen brutales. Sospecho que rara vez los hacen quienes tienen dificultades para pagar sus facturas de calefacción.

También son, creo, políticamente descabellados. Sólo podremos llevar a cabo la drástica transformación de nuestras economías necesaria para detener el cambio climático si toda la sociedad está de acuerdo y cree que es lo correcto. No se puede imponer a la gente como una dosis de aceite de hígado de bacalao. Existe un enorme riesgo de que la acción climática se identifique con una élite liberal y condescendiente, y de que los populistas de derechas la ataquen en todas partes, acelerando el camino de nuestro planeta hacia el desastre.

En la raíz de todo esto está el hecho de no ver adecuadamente el cambio climático como una cuestión de clase. El cambio climático se ve casi siempre en términos de diferentes naciones, el mundo rico frente al mundo en desarrollo. Si las emisiones personales entran en juego, son invariablemente promedios per cápita para cada nación.

Es cierto que todos los habitantes de los países ricos deben reducir sus emisiones de carbono, ya sean ricos o pobres. Pero las medias nacionales oscurecen tanto como informan. Afortunadamente, los nuevos análisis realizados por un puñado de actores que analizan las emisiones de carbono de los distintos grupos de ingresos —en particular, las emisiones del 10% y el 1% más ricos— están ganando adeptos.

Desigualdad en las emisiones: ¿Qué muestran los datos?

En pocas palabras, la crisis climática la está provocando la clase más rica de todos los

países.

Ellos son los que nos están llevando imprudentemente al precipicio del colapso planetario. Un análisis de Oxfam con el Instituto de Medio Ambiente de Estocolmo descubrió lo siguiente:

- Las emisiones per cápita de alguien del 1 por ciento más rico son 100 veces más altas que las de alguien del 50 por ciento más pobre, y 35 veces más altas que el objetivo para 2030.
- Desde 1990, el 5% más rico fue responsable de más de un tercio del crecimiento de las emisiones totales. El 1 por ciento más rico fue responsable de más de la totalidad del 50 por ciento más pobre.
- Para cerca del 20 por ciento de la población humana —que corresponde a las clases trabajadora y media-baja de los países ricos, principalmente— las emisiones per cápita en realidad disminuyeron de 1990 a 2015.

Lucas Chancel y Thomas Piketty realizaron un análisis similar, que incluye el siguiente gráfico. Se puede ver el descenso para aquellos en la distribución global que corresponden a las clases trabajadoras y medias-bajas de las naciones ricas. Sus emisiones siguen siendo demasiado elevadas para ajustarse a los objetivos climáticos, pero cabe destacar que fueron el único grupo cuyas emisiones disminuyeron.

El 10% más rico del mundo se encuentra principalmente en los países ricos, pero no exclusivamente. Sin embargo, la desigualdad en las emisiones se reproduce a nivel nacional también en los países ricos. A nivel nacional, las emisiones del 10% más rico empujeñen las del resto de la distribución de la renta, ya sea en Francia o en la India.

Otros estudios también han empezado a examinar los microdatos sobre la «vida de carbono» de los más ricos. Un estudio que examinaba las emisiones de veinte de los multimillonarios más ricos del mundo descubrió que cada uno producía una media de ocho mil toneladas de dióxido de carbono. En comparación, el ciudadano medio de un país rico produce unas seis toneladas, y la cantidad necesaria para alcanzar el objetivo de seguridad mundial de 1,5 grados C es de poco más de dos toneladas por persona. Un nuevo análisis de los vuelos en jets privados de los superricos ha revelado también que las celebridades y los multimillonarios emiten más carbono en minutos que la gente común en un año.

La cuestión de las inversiones

No sólo las emisiones de los ricos son increíblemente altas y crecientes, sino que la naturaleza de sus emisiones es también completamente diferente. En el caso de los más ricos, la mayor parte de sus emisiones —hasta el 70%— procede de sus inversiones. Esto refleja la desigualdad en su conjunto: para la mayoría de la sociedad, los ingresos provienen del trabajo; para los más ricos, del rendimiento del capital.

Las emisiones del estilo de vida de un multimillonario pueden ser mil veces superiores a la media, pero las de sus inversiones pueden ser un millón de veces superiores. Estamos trabajando en un nuevo análisis de las emisiones de las inversiones de los multimillonarios que se publicará en noviembre, antes de la conferencia de la ONU sobre el cambio climático

de este año.

Las personas que se encuentran en la parte inferior de la escala de ingresos no suelen tener muchas opciones sobre sus emisiones de carbono. Puede que vivan en viviendas de alquiler mal aisladas o que tengan que ir al trabajo en coche porque el transporte público es inadecuado. Como en cualquier otro aspecto de la vida, cuanto más rico eres, más opciones tienes y más capacidad de cambiar tu vida, una regla que se aplica a las emisiones por consumo de estilo de vida, pero aún más a las emisiones por inversión. Puedes elegir dónde invertir tu dinero. Por lo tanto, el hecho de que los ricos sigan financiando los combustibles fósiles y las industrias contaminantes es, en mi opinión, completamente indefendible.

¿Deben seguir siendo pobres miles de millones para salvar el mundo?

En Oxfam, nuestra principal preocupación son las personas de la mitad más pobre de la sociedad, en todos los países, pero especialmente en los países del Sur Global. Queremos que todos los habitantes del planeta tengan no sólo lo necesario para sobrevivir, sino lo necesario para prosperar. Todo el mundo tiene derecho a la seguridad, a unos ingresos decentes, a una buena vivienda, a una sanidad pública gratuita, a escuelas, a transporte público, a parques. Todas las familias deberían tener una nevera y una televisión. Todo el mundo debería tener acceso a un teléfono inteligente, a un ordenador y a Internet.

Para algunos, el temor es que si logramos eso y permitimos que los 8.000 millones de personas vivan una vida decente, sobrepasaríamos rápidamente la capacidad de carga natural de nuestro planeta, no sólo en lo que respecta al carbono, sino también a otros límites planetarios. Este temor al crecimiento de la población en el Sur Global se utiliza a menudo para echar la culpa a los países en desarrollo: algunos argumentan que, aunque la culpa de las emisiones de carbono puede haber sido históricamente de las naciones ricas, ahora son los miles de millones de chinos e indios los que deben preocuparnos.

Lo que los análisis muestran categóricamente es que los cientos de millones que han salido de la pobreza en todo el mundo en los últimos veinte años son sólo una pequeña parte del espectacular aumento de las emisiones. De hecho, casi la mitad del crecimiento rápidamente acelerado de las emisiones totales —y el consiguiente aumento de los riesgos y daños de la crisis climática— no se ha producido en beneficio de la mitad más pobre de la población mundial. Sólo ha permitido que el 10% más rico aumente su consumo y su huella de carbono.

Es cierto que, si nos mantuviéramos en los niveles actuales de desigualdad, para poder ofrecer una vida digna a todos, el crecimiento del PIB mundial tendría que aumentar mucho más allá de la capacidad de nuestro planeta para sostenerlo. En los últimos cuarenta años, cada dólar de crecimiento del PIB mundial ha ido a parar a los 46 céntimos del 10% más rico, y sólo unos 9 céntimos a la mitad inferior de la humanidad. El 10% más pobre de la humanidad recibió menos de un centavo de cada dólar de crecimiento de la renta mundial. Esta distribución es tan injusta e ineficiente que para elevar a toda la humanidad por encima del umbral de pobreza de 5 dólares al día sería necesario que la economía mundial fuera 173 veces mayor de lo que es. Eso es una imposibilidad medioambiental.

¿Significa esto que los objetivos de supervivencia del planeta y de una vida digna para todos

son incompatibles? ¿Que para salvar nuestro planeta, la mayoría de la humanidad debe seguir siendo siempre pobre y hambrienta? No necesariamente. Todo depende del nivel de desigualdad.

Se ha observado que la gente de todo el mundo, cuando se le pregunta por el grado de desigualdad de sus países, subestima sistemáticamente y de forma masiva la magnitud de la brecha. Y cuando se les pregunta por su nivel preferido de «desigualdad justa», aunque éste difiere entre las sociedades, la mayoría quiere que su sociedad sea mucho más igualitaria de lo que es en realidad.

Un estudio reciente publicado en Nature tomó estas preferencias de desigualdad y las combinó con las emisiones de carbono necesarias para que todos los habitantes del planeta tuvieran un nivel de vida decente. Los autores descubrieron que si las sociedades de todo el mundo se ajustaran realmente a lo que sus ciudadanos consideran un nivel de desigualdad «justo», sería posible que toda la humanidad tuviera una vida decente y se mantuviera dentro de los límites energéticos para evitar 1,5 grados de calentamiento global.

Está claro que los más ricos de nuestra sociedad son una gran parte del problema, a través de sus lujosos e insostenibles estilos de vida y sus inversiones que financian la economía de los combustibles fósiles. Una reducción masiva de la desigualdad es la única manera de que todos los habitantes de la Tierra puedan llevar una vida digna y garantizar el futuro de nuestro planeta.

Una nueva forma de ver la lucha contra el cambio climático

Observar las emisiones de los diferentes grupos de ingresos y la naturaleza de esas emisiones tiene el potencial de transformar la formulación de políticas climáticas. Para mantener cualquier nivel de equidad, los más ricos deben hacer, con diferencia, las mayores reducciones de sus emisiones. Esto es cierto tanto en los países ricos como en los países en desarrollo.

Esto significa, por ejemplo, que no deberíamos tener un impuesto fijo sobre el carbono, sino un impuesto progresivo sobre el carbono: cuanto más carbono consumas, mayor será el impuesto que pagues. Las inversiones contaminantes deberían estar sujetas a impuestos punitivos adicionales o, mejor aún, ser prohibidas. Los bienes de lujo y los aviones privados deberían estar fuertemente gravados o restringidos. Cada acción nacional para hacer frente al clima debería adoptarse de forma progresiva, de manera que los más ricos y los que más emiten asuman la mayor parte del coste, y a su vez contribuyan a aumentar la igualdad, no la desigualdad.

Los aumentos generales de los impuestos a los más ricos y a la riqueza, así como otras medidas para reducir rápidamente la desigualdad, también adquieren un nuevo imperativo climático. Nuestro planeta simplemente no puede permitirse a los muy ricos.

Jacobin

<https://www.lahaine.org/mundo.php/los-ricos-son-los-que>